

CADA NOCHE ME EMBARCO

Cada noche me embarco

con afán de otra orilla.

—Aguas negras del sueño

para el ojo perdidas.—

Cada noche me entierro

con la gana dormida.

—La esperanza en el pulso,

con la venda en la herida—.

Cada noche me embarco...

con la vela extendida.

Cada noche me entierro...

sin cerrar la pupila.

Quién navega sin puerto?

Quién se siembra sin vida?

SANFOS SANCHEZ - MARIN

CINCUENTENARIO de su MUERTE

Don Juan Valera

EALTA espacio, dados los límites que me he trazado, para hacer la etopeya de don Juan. Intentaré, sin embargo, destacar los rasgos más típicos. No quisiera perderme en el laberinto de su alma. Su sentido epicúreo de la vida y el natural optimismo que fluye de su espíritu, nacen, a mi ver, de la salud física y de la buena armonía y ponderación de sus facultades intelectuales. De aquí proviene también la tolerancia con que juzgaba las obras de los demás: «Yo soy muy hiperbólico, como buen español; pero lo soy más en el elogio que en la censura» (1) «...ensalzando mucho a los que valen poco y ensalzando poco a los que valen mucho, propendo... a nivelar, a pasar sobre todos el rasero y a suprimir eminencias» (2). Esta inclinación a la hipérbole y a la idolatría es arma de dos filos. Como la vena humorística es abundante, el ditirambo encubrirá muchas veces la guasa fina. Nunca he leído con tanta gana como cuando leía los comentarios de Valera a la teoría filosófica que sobre el perfeccionismo absoluto explanó, en un libro de este título, el pensador mejicano Sr. Ceballos Dosamantes. (3). Su carácter francamente optimista, con oscilaciones pasajeras entre la alegría y el dolor, quizá sea el elemento más valioso en la arquitectura de su obra literaria. Como humanista ha bañado el espíritu en la linfa clara del arte griego. Esta parte importantísima de su bagaje cultural es la razón de sus pasos firmes y seguros en el camino estético. La fórmula *del arte por el arte* y su desvío de la ciencia experimental como asunto y colaborador literarios, es de origen clásico. Si tiende a disculpar los yerros ajenos es porque en su concepto de la vida y del hombre no caben las desigualdades, sino los matices. No cree en el superhombre. Pero este escepticismo es elegante y bello, sin la ponzoña de Leopardi o de Heine. Nace de su indiferencia frente a las cosas. El seminarista don Luis de Vargas sucumbe en el heroico esfuerzo de abrazar a Dios en el fondo del alma. Pepita, hábil y sagaz, más por instinto o intuición del amor que por raciocinio, conturba el espíritu de don Luis, donde la imagen de Dios ha cedido

(1) *Correspondencia*, tomo II. Obras Completas, pág. 51.

(2) *Florilegio de poesías castellanas uel siglo XIX*, tomo I. Madrid, 1902; pág. 220.

(3) *Cartas americanas*, tomo XLI. Obras Completas. Madrid, 1915; págs. 31 a 76. inclusive.

el paso a la de la viuda. Movido de una curiosidad ardiente e irresistible, Valera se asoma a todas las ventanas del pensamiento filosófico. Va de unas en otras sin sentir las ansias del mareo. No encuentra tan abominable la vida. Toma la metafísica por nobilísimo ejercicio de la mente, cuya fantasía se enseñorea de las cosas, construye teorías que son concesiones a nuestra propensión escrutadora, pero sin aprehender a la verdad, que se disipa ante nuestros ojos ávidos, como la nube al contacto del sol. Su neutralidad ideológica le priva de criterio fijo y determinado en el orden filosófico o el religioso, pero le permite, en cambio, asomarse al Ponto proceloso de las ideas, sin sentir, como Helles, el vértigo del abismo.

Con esta manera de ser aumenta su poder de asimilación, ya que el espíritu, en su independencia o albedrío respecto del pensamiento metafísico, no tiene las cortapisas que estipula, en filosofía, el particularismo. Su alma, como la rosa náutica, puede mirar a todos los vientos. No es un incrédulo empedernido, lleno de soberbia y despecho, como Nietzsche. Vacila entre la duda y la fe, y en estas fluctuaciones influye tanto la razón calculadora y fría, como el sentimiento afectivo. En su juventud se deja arrastrar de la corriente racionalista imperante y diputa a Dios de fabuloso y mítico, emparejándole con las leyendas paganas. (1) No tiene que pactar con Mefistófeles, como Fausto, porque su desengaño con relación a la ciencia no es tan tardío, y mientras satisfacía el noble deseo de saber, menos ambicioso que el del doctor alemán, hacía concesiones a sus sentidos en torno del amor sensual y erótico.

Si no se tomase a mala parte nuestra comparación, nos serviría del siguiente símil: el espíritu de Valera nos parece una cámara frigorífica en donde se conservan, sin estropearse lo más mínimo, todas las ideas imaginables. De ser su espíritu ardiente y fogoso, detentiríanse las ideas cuya forjadura no aguantase el fuego vivo y perenne, como la escoria respecto del oro; mas las bien templadas haríanse eternas. Su mente razonadora y libérrima está más cerca de la serenidad de Goethe que del viril ímpetu del cantor de Zaratustra. Este eclecticismo filosófico no le dejaba ser dogmático y solemne en sus juicios (2) y andaba de una a otra parte, como el pájaro en las matas, sopesando el pro y el contra de las ideas, sin decidirse por ninguna. Parece un Don Juan de la filosofía. Todas las opiniones, todos los estudios especulativos le hacen feliz, pero con la misma momentánea felicidad que proporcionara al galante conquistador de Tirso y Zorrilla la posesión de las mujeres al azar logradas. Y como el Don Juan de Zorrilla, después de mariposear de unas en otras hasta toparse en el camino con Doña Inés, acaba por abjurar de sus errores y creer en Dios. No obstante su liberalismo filosófico, propende más a lo aristocrático que a lo popular. Educado en el gran mundo y diplomático por añadidura, prefiere los modales finos y exquisitos a los vulgares y rudos. En el arte siente igual doctrina.

(1) *Correspondencia*, tomo I. Obras Completas, pág. 156.

(2) *Ibid.* pág. 171.

Opta por la alquitara del buen gusto que todo lo depura y quita-escencia. Tan sutil y ultrafino se muestra que de la realidad externa sólo toma pormenores que completan la acción y discurso de sus novelas. De aquí que repugnase el naturalismo. Tiende a la novela psicológica, mas desatada de vínculos materiales y objetivos. Fantasea sin perder nunca pie en las cosas tangibles. No hace más que erapinarse para eludir en lo hacedero las impurezas de la vida. Su idealismo no cambia, ni aún desfigura la castiza y peculiar fisonomía de los hechos reales.

El sentido común es otra característica muy singular de Valera. La paradoja de esta denominación, pues no deja de ser arbitrario o peregrino, al menos, que se llame común el sentido menos común de todos, no rezaba con él. Lo poseía y muy abundantemente por cierto. Este sentido, que es el módulo con que la inteligencia mide el pro y el contra de las cosas, contribuyó sin duda a la ponderación y equilibrio de sus obras literarias.

Sus viajes al extranjero y su estancia en las grandes capitales de Europa, diéronle aire cosmopolita y mundano. Amaba las cosas propias, sin desdeñar las ajenas, y pensó, en alto muchas veces, que la originalidad de las ideas de un país no está en cerrarle el paso a las extrañas, sino en adaptarlas a la psicología nacional. Psicólogo y analítico ahonda en el interior de las almas, descubriendo sus arcanos más íntimos. Este alarde de sus potencias anímicas está bien visible en sus ensayos de crítica literaria y filosófica y en sus novelas. Es un observador sutil y profundo, poco aficionado a andarse por las ramas, como suele decirse, sino a penetrar el secreto de la idea. Su mente, a pesar de haberse derramado en demasía en el conocimiento y juicio de los fenómenos abstractos, llegó a la senectud sin la fatiga de Sísifo, más bien firme y pujante. La salud del cuerpo y del alma se trasvasaba a sus libros donde rarísima vez apunta la sátira perversa y telina. Una serenidad olímpica, aprendida en la contemplación de las estatuas griegas y sacada del tuétano de sus filósofos predilectos, da valor eterno al espíritu de Valera. Más ingenioso que cordial, la llama de su intuición creadora alumbraba, pero no quema.

Don Juan amó con la cabeza o con los sentidos. Amor intelectivo, como el que sintió por la marquesa de Bedmar, en Nápoles, o sensual y materialista, como el que le inspirara Magdalena Brohan. No supo amar con el corazón, que es el verdadero amor, porque nace de un sentimiento afectivo y desinteresado. Amor que se detiene a pensar, no es amor. La venda que lleva Eros en los ojos es la manifestación externa de una ceguera mental. El amor nace en el pecho, lo idealiza y sublima la inteligencia creadora y toma forma material a través de los sentidos. A don Juan el objeto amado no le incitaba o promovía a la contemplación, al éxtasis. De aquí que en la tremenda batalla de Pepita y don Luis, triunfe el amor a la vida, impetuosa y arrolladora como una tromba. Cuando la inteligencia interviene en sus lances amorosos es a título de elemento refinador de la voluptuosidad. Se ríe del idealismo erótico del Petrarca, y en el pe-

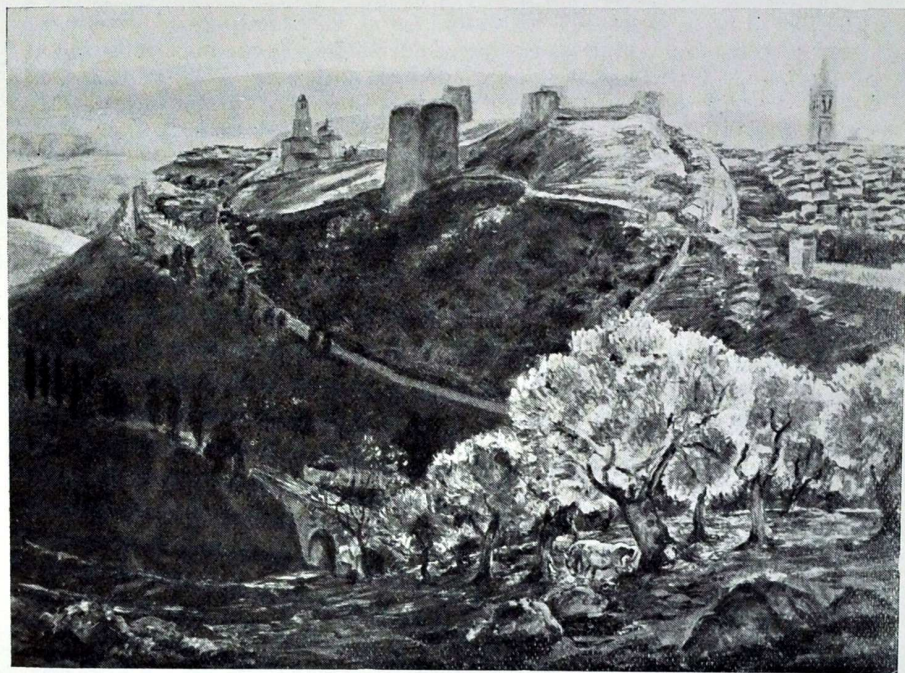
llejo de Dante hubiera preferido una Beatriz de carne y hueso, complaciente y dadivosa, camino del Infierno, a aquella abstracción humanada que sirve al poeta de *La Divina Comedia* de lazarillo para entrar en el Cielo. Tan confiado está en la fuerza de este amor, que cifra en él el poder de los ciclopes y titanes. En *Pepita Jiménez* tiene todo el valor de un ariete lanzado contra la vida gloriosa del espíritu. La dialéctica de don Luis perece a manos de la viuda. ¡Interesante torneo entre esta vida y la otra! Pagano como Goethe, con cierto sentido panteísta e idolátrico de la naturaleza, reconstituye a su modo el mito del amor realizado por Dáfnis y Cloe.

¡Qué difícil es dar con sujetos como don Juan, tan sanos por dentro y por fuera! La cabeza de un filósofo sobre los hombros de un gañán. Rousseau fué hurraño y misántropo; Voltaire, satírico y pérfido; Schopenhauer, misógino y pesimista. En el alma crecen unas facultades a expensas de otras. Donde brilla la imaginación como riquísimo joyel, falta la inteligencia razonadora. La bondad no florece de ordinario en las gélidas regiones del raciocinio. La mente reflexiva, analítica, desmenuzadora, de don Juan pocas veces se alía con el corazón. Y no es que estén cegadas del todo las fuentes del sentimiento. Mas es preciso que algún suceso inesperado y súbito irradie su luz patética sobre el espíritu para que los efectos se manifiesten vigorosos. La muerte de Carlos abre de par en par las puertas de la efusión, y las fibras cordiales, mudas hacía mucho tiempo, como el arpa de Bécquer, vibran ahora al unísono y los ojos miopes, tras los quevedos de oro, se arrasan de lágrimas, y las palabras se hacen más blandas y suaves, no por razón de estilo, sino en virtud del sentimiento que las abrasa y derrite, como el fuego al plomo.

Los hombres de mundo, salvo raras excepciones, son muy aficionados a los chistes y chascarrillos picantes. Don Antonio Alcalá Galiano, tío de nuestro don Juan, tenía fama de excelente conversador en este linaje de parlerías y el duque de Rivas, con su propensión a los cuentos licenciosos y a las desvergüenzas (1), infundía verdadero pánico a las señoras, que no comprendían cómo un poeta de tan subidos quilates hacía tales concesiones al mal gusto. Olvidaban sin duda las gentiles contertulias del duque, que las narraciones de Bocaccio y del Aretino, con ser éstos altísimos ingenios, parecían por lo picantes untadas de ajo y restregadas de guindilla. Valera también cultivó en conversaciones y libros (2) esta literatura menor, aderezada de las sales áticas de su ingenio y tomadas del acervo popular. Don Juan tenía de la risa un concepto muy elevado, reputándola de preciadísimo don de los dioses. Pero en su insuficiencia afectiva no discriminaba la risa mortificante y malévola de la que fluye a la boca y a los ojos en una explosión súbita y espontánea de nuestro ser, y sin herir además ningún sentimiento respetable.

(1) *Correspondencia*, tomo I. Obras Completas, pág. 41.

(2) Obras Completas, tomo XV. Madrid, 1908.



ALBUM EXTREMEÑO.—Jerez de los Caballeros; «Tierra de Vasco Núñez de Balboa», por M. Leroux de Comendador. Foto A. Castellanos

Como buen epicúreo enamorado de la vida material, en la que los sentidos inferiores colman sus apetitos, Valera tenía sus debilidades gastronómicas, sin llegar, ni con mucho, al nivel de los Apicios y Lúculos. No padecía, por suerte, ninguna de esas afecciones del aparato digestivo que imponen ciertas certapisas a los placeres de la mesa. De aquí su favorable disposición para toda clase de guisos, pues su eclecticismo, en esto como en todo, permitíale promiscuar sin hacer ascos ni melindres. En sus libros hay copiosos testimonios de esta filosofía conciliadora y sincrética de la cocina. Parece a que un diplomático, acostumbrado a los refinamientos de la mesa, añoraría los primores de un Nereo de Quíos o de un Algis de Roda. Nada de eso. Prefería los platos regionales, sabrosos e indigestos. Las arropías, y los pestiños, y las gachas de mosto, y el piñonate, juntamente con los morcones y embuchados, la ropa vieja y la asadura en chanfaina. De su afición a los pipiripaos al aire libre y bajo el cielo luminoso de Andalucía, tenemos muchos ejemplos en las páginas de *Pepita Jiménez* y *Mariquita y Antonio*.

Si vamos atando cabos, de todos estos pormenores de la vida de don Juan colegiremos, como conclusión, la ufanía, el placer de vivir que rezuma por todos los poros de su cuerpo y de su espíritu. Es bastante común que las personas ahitas de saber, de vuelta siempre en todas las cosas, muy corridas y mundaneras, hartas de carne como el diablo, se sientan morir de hastío por estimar que nada puede existir ya que no hayan gustado y saboreado. Bien por imperio de la naturaleza, bien por artificio y superchería de aparentar lo que no se es en el fondo, abundan estos seres desamorados de la vida, desasidos de ella, como náufragos que cansados de luchar con el océano y desvanecida en la mente toda idea de supervivencia, abandonan la tabla de salvación. Valera, por el contrario, manifiesta siempre su satisfacción de vivir. La alegría y el optimismo, en floración perenne, surgen como hermosísimo vergel en el ancho ámbito de su obra literaria. La vida no le parece aborrecible, ni siquiera ingrata (1). Piensa jubilosamente que todo está muy bien organizado y como respondiendo a una mente ordenadora que preside y dirige hasta el más leve movimiento. Quien no acierte a descubrir esta universal armonía es que tiene cerrados los ojos a la evidencia. Para él no reza la consabida frase de que este mundo es un valle de lágrimas. El dolor, la desesperación, el pesimismo derivanse de nuestro desacuerdo con la vida, de nuestra torpeza para gustarla e interpretarla. Un espíritu sano, jocundo, *ataráxico*, viene a la vida no para disputar con ella, sino para abrazarla efusiva y cordialmente, sin recelos ni prejuicios, que son los primeros síntomas de desavenencia y divorcio. El arte de vivir consiste en nuestra absoluta penetración con el mundo, porque lo mismo que en el amor, en la vida, nuestra cópula con ella supone la suprema exaltación de la alegría de existir. A la vida se la conquista de frente, pero no en concepto de adversarios, sino de amigos. Esta filosofía del mundo

(1) *Correspondencia*, tomo I. Obras Completas, pág. 70.

malogra todo sentimiento patético y sublime. Su avenencia con las cosas impide la manifestación del dolor como ley punitiva y suprema de la vida. La ponderación de los factores que intervienen en sus obras literarias es propio del arte bello, mas no de la sublimidad, que nace precisamente del desorden y de la desproporción. Su *panfilismo* rehusó de la vida lo que hay en ella de pavoroso y trágico. De aquí que las novelas de don Juan, transpirando salud y alegría, hayan sido comparadas con una colección de hermosas estatuas griegas (1). Los encontronazos del artista con la realidad son los elementos generadores de lo sublime, pero nuestro don Juan esquiva el golpe, sortea hábilmente las aristas de los hechos, aprovecha un resquicio cualquiera para escapar por él, y su espíritu indemne, como una lámpara de luz suave y acariciadora, circunda o baña de claridad las cosas, sin que éstas nos cieguen ni deslumbrén. No es el torrente que se desborda y rugé, sino el agua mansa que discurre, si acaso, entre meandros y recodos, pero sin hervir ni despeñarse.

¿De dónde proviene este natural optimista, esta conformidad con las cosas? Excepto lo que había de ingénito, de nativo en este modo de ser de nuestro don Juan, su optimismo tuvo como puntal más firme la propia y favorable fortuna de que, con ligeras y distancias interrupciones, se vió asistido. Laméntase Valera, sobre todo en sus primeros tanteos literarios y políticos, de su suerte adversa; mas en rigor de verdad y sin olvidarnos de que estas quejas tienen un valor efímero y esporádico, don Juan nació de pies, como afirma Cejador (2), y no le faltó nunca su buena estrella. El horóscopo de Valera se habría reducido a poner delante de los ojos del insigne egabrense un horizonte color de rosa. Comparemos la vida de don Juan con la de Bécquer, con la de Leopardi, con la de Schopenhauer. Ni se vió prisionero de la vulgaridad y del asco en torno, como el glorioso autor de las *Rimas*, ni fué enclenque y revejido, como el desesperado Leopardi, ni tuvo una madre despreocupada y hasta cruel, como el gran pesimista de la filosofía. Cumplíase en él la juiciosa fórmula de Juvenal de un alma sana en cuerpo sano; vivía rodeado de personas de mucho valimiento y de amigos y admiradores que le festejaban y aplaudían, y no fué nunca alanceado por un destino esquivo.

Mucho se ha disputado sobre la influencia del llamado medio social, del clima y del paisaje en la obra de arte. Nuestro don Juan no desmiente que procede de un país alegre y luminoso, cuyo firmamento tiene fulgores que deslumbran y ciegan. La naturaleza no puede ser tampoco ni más hermosa ni más variada. Desde la cumbre eternamente blanca del Mulhacén, empinado sobre la ancha base de la sierra más alta de la Península, hasta el Estrecho, ¡qué gradación de matices! Por algo los griegos que pusieron los pies por vez

(1) *La literatura española en el siglo XIX*, por el Padre Blanco García. Segunda parte. Madrid, 1910; pág. 486. Cejador adoptó este juicio en su *Historia de la Lengua y Literatura castellana*, tomo VIII. Madrid, 1918, pág. 233.

(2) *Ibidem*, tomo VIII, pág. 231.

primera en la Península, llamáronla *Sicania*, que vale tanto como «país rico y feliz».

A mi juicio, combinados estos elementos naturales en el espíritu de Valera, predispuerto a recibirlos merced al complemento de un cuerpo sano y vigoroso, influyeron convenientemente en la elaboración de su obra poética, e incluso en el equilibrio y serenidad de sus opiniones de pensador y de crítico. Pero si algún escéptico comentarista dudase de este ascendiente, de lo que no cabe dudar, porque sería negar la evidencia de hechos reales y objetivos, es del empleo de todo este material pictórico en las obras de imaginación. Pudo Valera colocar los asuntos de sus novelas en otros escenarios que, por lo que respecta a primores y hechizos naturales en nada tienen que envidiar a los que sirvieron de marco condigno a sus narraciones. Sin embargo, prefirió valerse de cuantas bellezas en el orden físico nos ofrece exuberantemente su país natal, ya que posponerlas habría sido traicionar sentimientos de noble y sincero patriotismo. Y este ilustre escritor, que estuvo tan poco sumiso a los dictados de la literatura regional y que hasta extrañó la mentada denominación (1), fué en cierto modo un precursor del regionalismo literario, ya que dió acomodo en sus novelas a tipos y cosas bien impregnados del aroma característico, genuino, de su tierra nativa. Junto al elemento autobiográfico, discretamente disimulado bajo la ficción novelesca, prodíganse personajes cuya identificación verdadera no sería difícil (2) y rincones y villas donde pasaron las horas ensoñadas, emotivas de una edad copiosa en travesuras y audacias (3).

¡Con qué cara ilusión vuelve sus ojos a Cabra y Doña Mencía! Rebotado su espíritu de la vida hipócrita y malhadada de las grandes urbes, se mece y acuna en la tersa e idílica paz de los pueblos, al amor hogareño de antiguas amistades y como recostado en esta inercia ideal. De la comunión de su alma ferviente y prolífica con las cosas que la rodean, nacen sus obras de inventiva, en cuyas páginas, tamizadas de luz cenital y perfumadas de salvia, tomillo y mastranto, se miran como en hechizado espejo las huertas de Cabra, bajo cuyos toldos de árboles frutales discurren acequias y arroyuelos rumurosos que llevan en la plácida corriente pétalos de rosas y que dan frescura a las violetas y madresevas nacidas en las márgenes; y la alegría del cielo que parece como un resplandor de la naturaleza; y típicos lugares de Doña Mencía; y la agreste y brava Sierra Elvira, avizorada desde el camino de la Alhambra y el Generalife; y el Darro, aurífero como el Pactolo y misero como el Rubicón; y tantos otros parajes de la templada y ruiseña Andalucía.

¡Qué mejor escenario que éste, tan lleno de luz, ungido de la gracia de Dios, alegre y jocundo como unas castañuelas y sano en

(1) *Ecos Argentinos*, 1919, pág. 119.

(2) *Don Juan Valera, apuntes para su biografía*, por J. Juderías. *La Lectura*, 1913-1914.

(3) *Ibidem*.

sus tradiciones y costumbres, para que por él discurran unas vidas sosegadas, apacibles, bellas, sin complicadas psicologías ni patético dinamismo? Si no hubiera en la extensa obra de don Juan incontables antecedentes de su amor a España, tan mortificada siempre con la tendencia exótica de innovadores y modernizantes, bastaría esta predilección por el terruño para que afirmásemos cuán honda y recia era la raíz de su españolismo.

En todas las cosas hay una razón de ser que les da un valor específico. La prosa elegante, castiza y verdaderamente ejemplar de nuestro autor, tiene su causa eficiente en el aristocrático espíritu de Valera. La elegancia espiritual de don Juan se traduce al exterior en incontables pormenores de orden físico y moral. En el indumento de Valera no hay un solo detalle de mal gusto. Viste con distinción y pulcritud. Sin preocuparse exageradamente de la ropa, como esos petimetres y currutacos que intentan disimular su vulgaridad bajo el último y más extremado figurín de la moda, todo su varonil atavío denota buen tono y ese no sé qué que los franceses llaman *chic*. Cuando su situación económica se lo permite acude a los mejores sastres. El aseo de su persona y los detalles de la vestimenta son notorios incluso en la intimidad. En las actitudes y ademanes no falta nunca el sello de hombre de calidad y buen ver, educado en la misma escuela del duque de Rivas y de don Antonio Alcalá Galiano, que tanto influyeron, por otra parte, en su formación cultural. La íntima elegancia de Valera, manifestada en multitud de pormenores, es también causa eficiente de su prosa, en donde, si hay mucho esmero y hermosura, no se advierte por ningún lado el artificio ni la fatiga de una premiosa elaboración, ya que el lenguaje fluye con natural gallardía y donaire, troquelado en los mejores moldes, y que para hallarle parigual acaso sea necesario remontarse a la altura de los místicos. Su arraigada creencia de que el arte es forma, le estimula a cuidar el estilo, en el que espejea la gracia y el garabato, que en nada tienen que envidiar las sales del más fértil y rico ingenio. En el lenguaje no hay una nota de mal gusto. Ni chabacanería, ni oscuridad. Las imágenes, tropos y comparaciones están exentos de toda exageración y extravagancia. La mente razonadora y alerta contra cualquiera descarrío, expurga y depura la forma que adoptan las ideas al exteriorizarse por medio de la palabra.

Es frecuente en los escritores que, por medio de personificaciones odiosas y repugnantes, se venguen de los agravios recibidos, de las antipatías de las cosas y hasta de las ideas contrarias a las que ellos profesan. Galdós traía sistemáticamente a sus novelas a clérigos hipócritas, sucios e ignorantes. Voltaire se burló en *La Doncella* del sentimiento religioso del pueblo francés y Aristófanes, en *Las Nubes*, de Sócrates y de su escuela. Como don Juan reproduce en sus obras de imaginación la parte más apacible y bella de la vida, y de su conformidad filosófica con las cosas nace la tolerancia y benignidad de sus juicios, nadie podrá atribuirle el prurito de dirimir en sus novelas enconos personales respecto de estos o aquellos hechos e ideas. No diré yo que de ninguna de sus obras pueda obte-

nerse una moraleja. Los novelistas menos docentes llegan a alguna conclusión moral. Pero no está el arte supeditado a la idea, convirtiéndose su albedrío en servilismo y su belleza en utilidad.

Como cifra y resumen de cuanto va escrito no estará demás que haga estas afirmaciones. En filosofía, Valera se acogió al elegante y cómodo eclecticismo; en religión, fué incrédulo en la primera fase de su vida, indiferente en la plenitud y poseído en las postrimerías de una fe más consoladora y reconfortante que honda y fundamental. A la bella literatura arribó con su fórmula del *Arte por el Arte*. En la crítica pecó de indulgente y benévolo, sustituyendo la hiel de la sátira por una ironía de guante blanco. Como hombre de mundo fué excelente conversador, muy festejado por las damas, que es el mejor elogio que cabe hacer de su ingenio cortesano y de su cautivadora simpatía. Y en política, liberal y acomodaticio, como tantos otros, cuya tolerante ideología permitiéles, sin rubor ni personal menoscabo, emigrar de unos partidos a otros.

PEDRO ROMERO MENDOZA

TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio), por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
LIBRERIAS DE CACERES